

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Una sala del castillo.

Salen el REY, *la* REINA, ROSENKRANZ,
y GUILDENSTERN.

REY. Esos suspiros y profundos ayes
Me dan en qué pensar: háblame claro;
Quiero saberlo. ¿En dónde está tu hijo?

REINA. (A Ros. y Guild.)

Dejadnos solos un instante, os ruego.
(Vánse Rosenkranz y Guildenstern.)

¡Ay, señor, lo que he visto en esta noche!

REY. ¿Qué fué, Gertrúdis? ¿Qué hace tu hijo
[Hamlet?

REINA. Furioso está cual mar y viento, cuando
Disputan entre sí cuál es más fuerte.
En el furor de su locura, oyendo
Ruido detrás de los tapices, saca
Su espada y grita: «Es un raton,» y mata
En su ilusion frenética, sin verle,
Al bueno, al noble anciano.

REY. ¡Oh accion funesta!
A estar yo allí lo propio me pasara.
Peligro amaga á todos su delirio,

A mi, á ti misma, á todos. ¡Ay! ¿Y cómo
Disculparemos acto tan sangriento?
A mi la imputarán, cuya cautela
Debiera haber atado corto y puesto
En sujecion á aquel mancebo loco.
Mas tanto fué mi amor, que nunca quise
El remedio adoptar que era más propio.
Y como el que padece un mal inundo,
Antes que declararlo, dejé incauto
Que en la vital sustancia se cèbase.
¿Adónde es ido?

REINA. A retirar el cuerpo
A quien dió muerte. En esto su demencia
Se manifiesta pura; como el oro,
Tal vez mezclado con metales viles.
Llora el pasado error.

REY. Gertrúdis, vamos.
Y apenas dore el sol los altos montes,
Haremos que se embarque y parta luego.
Es menester salir á la defensa,
Y disculpar aquella accion villana
Con nuestra autoridad y astucia toda.
¡Eh Guildenstern!

Salen ROSENKRANZ y GUILDENSTERN.

Amigos míos, id, buscad auxilio.
Ciego de frenesí, Hamlet ha muerto
Al buen Polonio, y le ha sacado á rastra
Del cuarto de su madre. Id, id, buscadlo;
Habladle atento, y que el cadáver lleven
A la capilla. Os ruego, daos premura.
(Véanse Rosenkranz y Guildenstern.)

Gertrúdis, ven. A nuestros más prudentes
Amigos llamaremos, para darles
Cuenta de lo que pienso hacer, y de esta
Desgracia que en mal hora ha sucedido.
Así, tal vez, la pérfida calumnia,
Cuyo rumor de un polo al otro arroja

Sus ponzoñosos tiros tan certeros
Como el cañon al blanco, nuestro nombre
Errando, hiera el viento invulnerable.
¡Oh, vente, ven! ¡devuélveme la calma!
Que horror embarga en fiera lucha el alma.
(Vase.)

ESCENA II.

Otro aposento del castillo.

Sale HAMLET.

HAM. Queda en lugar seguro.
ROS. y GUILD. (Dentro.) ¡Hamlet, Hamlet!
HAM. ¿Qué ruido es ese? ¿Quién llama á Hamlet?
¡Oh! ya están aquí.

Salen ROSENKRANZ y GUILDENSTERN.

ROS. Dínos, señor, ¿qué hiciste del cadáver?
HAM. Mezclélo con el polvo, del que es deudo.
ROS. Dínos en dónde está, para que al punto
De allí á la capilla lo llevemos.
HAM. No lo creais.
ROS. ¿Qué es lo que no debemos creer?
HAM. Que pueda yo guardar vuestro secreto, y no
el mio. Por otra parte, ¿preguntármelo una esponja!
¿Qué contestacion debiera darle el hijo de un rey?
ROS. Me tomais por una esponja, señor?
HAM. Sí tal; por una esponja que se chupa el
semblante, los favores y las órdenes del rey.
Bien que tales empleados son los que mejores
servicios prestan al rey; los guarda, como el
mono, en un rincon de la boca; el primero que
entró es el último que se traga: cuando necesi-
ta lo que has rebuscado, sólo falta exprimirte,
y te quedas enjuto, esponja.

Ros. No te entiendo, señor.

HAM. Me place en extremo. Las razones agudas son ronquidos para los oídos tontos.

Ros. Señor, es menester que nos digais en dónde está el cadáver, y os vengais con nosotros á ver al rey.

HAM. El cadáver está con el rey, pero el rey no está con el cadáver. El rey es una cosa...

GUILD. ¡Una cosa, señor!

HAM. Que no es nada. Conducidme á su presencia.—Escóndete, zorro, y todos detrás. (Vánse.)

ESCENA III.

Otra sala del castillo.

Sale el REY, con acompañamiento.

REY. (Para sí.) Mandé por él y en busca del cadáver.

Es peligroso que ande así tan suelto.

No obstante, no podemos aplicarle

Con todo su rigor la ley severa.

La multitud fanática le quiere;

La multitud que elige con los ojos,

Y no con la razón; y en casos tales,

Del ofensor la pena toma en cuenta,

Pero jamás la ofensa. Bien mirado,

Para que todo marche en paz y calma,

Conviene que esta ausencia repentina

Parezca como cosa de antemano

Resuelta y meditada. Pues los males,

Cuando llegan á ser desesperados,

No se curan con nada, ó con remedios

También desesperados.

Sale ROSENKRANZ.

¿Qué hay? ¿qué ocurre?

Ros. No pudimos lograr que nos dijese,

Señor, en dónde ha puesto aquel cadáver.

REY. Pero él ¿en dónde está?

Ros. Señor, afuera,

Guardado, do tus órdenes espera.

REY. Traédle á mi presencia.

Ros. (Al paño.) ¡Compañero!

¡Eh, Guildenstern! que el príncipe se acerque.

Salen HAMLET y GUILDENSTERN.

REY. Y bien, Hamlet, ¿en dónde está Polonio?

HAM. Cenando.

REY. ¡Cenando! ¿En dónde?

HAM. No en donde coma, sino en donde es comido. Cierta sesión de gusanos políticos celebra sesión sobre él. El gusano es el supremo de los emperadores en lo tocante á la mesa: engordamos á todos los demás animales para engordarnos á nosotros, y engordamos nosotros á los gorgojos. El rey obeso y el mendigo flaco son manjares diferentes; dos platos, pero para una misma mesa: en esto pára todo.

REY. ¡Ay! ¡ay!

HAM. Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que se comió á un rey, y comerse luego el pez que se alimentó de aquel gusano.

REY. ¿Y qué quieres decir con eso?

HAM. Nada más que manifestar cómo un rey puede hacer una jornada por las tripas de un mendigo.

REY. ¿En dónde está Polonio?

HAM. En el cielo. Envía á alguno que lo vea, y si tu mensajero no lo encuentra allí, búscale tú mismo en otra parte. Pero en verdad, si no le hallais en todo este mes, le ofateareis al subir por la escalera que conduce á la galería.

REY. (A unos criados.) Id allá á buscarle.

HAM. Se aguardará hasta que llegueis. (Vánse criados.)

REY. Para seguridad de tu persona

(Que aprecio en tanto cuanto siento, Hamlet,
La acción que has hecho) exige este suceso
Que huyas de aquí con prontitud fogosa.
Prepárate, por tanto: el barco espera,
Y el viento es favorable; ya te aguardan
Tus compañeros, y á Inglaterra impele
Todo.

HAM. A Inglaterra.

REV. Hamlet, sí.

HAM. Me place.

REV. Sin duda, si mis planes conocieses.

HAM. Veo á un querube que los ve. Pero vamos
á Inglaterra. Adios, querida madre.

REV. Hamlet, tu padre que te quiere.

HAM. Mi madre. Padre y madre son marido y
mujer; marido y mujer son una carne misma;
conque mi madre. ¡Vamos á Inglaterra! (Vase.)

REV. Seguid su huella; instad su pronto embarco:
No lo aplacéis; saldrá esta noche misma.

¡Partid! pues cuanto á aqueste asunto atañe
Está sellado y pronto. Prisa os pido.

(Váanse Rosenkranz y Guildenstern.)

Y tú, Inglaterra, si por dicha en algo
Estimas mi amistad (y cuánto vale
Te dice mi poder, pues aún sangrienta
Y viva está la llaga que debiste
A la danesa espada; y respetuosa
Dócil tributo pagas á mi cetro)
Rehácia no andarás en dar cumplido
Efecto á mi mandato soberano,
Que ordena claramente, como consta
En las cartas escritas al efecto,
De Hamlet la pronta muerte. Hazlo, Inglaterra;
Pues cual fiebre voraz arde en mi sangre,
Y de tí sola alivio y cura espero.
Mientras no sepa que está dado el golpe,
Por bien que me tratare la fortuna,
No hallaré paz ni dicha en parte alguna. (Vase.)

ESCENA IV.

Una llanura en Dinamarca. ◀

Salen FORTIMBRÁS, un CAPITAN y SOLDADOS,
de marcha.

FOR. Vé, capitán; saluda de mi parte
Al rey danés, y dile que en virtud
De su licencia Fortimbrás le pide
El prometido paso por su reino.
Ya sabes el lugar de nuestra cita.
Y si su Majestad quisiera hablarme,
Íréle á saludar como es debido.
Diselo así.

CAP. Así lo haré, mi príncipe.

FOR. Vosotros proseguid con paso lento.
(Váanse Fortimbrás y soldados.)

Salen HAMLET, ROSENKRANZ, GUILDENSTERN y otros.

HAM. ¡Hidalgo, cuyas son aquellas tropas?

CAP. De Noruega, señor.

HAM. ¿Qué objeto llevan?

CAP. Señor, contra una parte de Polonia
La marcha emprenden.

HAM. ¿Quién las acaudilla?

CAP. Fortimbrás, el sobrino del anciano
Rey de Noruega.

HAM. ¿Acaso se dirigen
Contra Polonia toda, ó sólo á alguna
Parte de sus fronteras, caballero?

CAP. A deciros verdad y sin ambages,
Vamos á conquistar un breve trozo
De tierra que otra utilidad no ofrece
Que la del nombre: á fe, no la labrara,
Costárame el arriendo seis ducados.
Ni al de Noruega ni al polaco pienso

Que le produzca más vendido á censo.

HAM. No la defenderá el polaco entónces.

CAP. Pienso que sí; ya está muy guarnecida.

HAM. Ni dos mil almas, veinte mil ducados

Podrán zanjar tan mísera disputa.

De mucha hacienda y paz es como absceso

Que, reventando dentro, no descubre

Señal de muerte alguna por de fuera.

¡Os doy humildes gracias, caballero!

CAP. Que os guarde Dios. (Vásc.)

Ros.

¿Queréis venir, Alteza?

HAM. Os sigo en breve. Adelantaos un poco.

(Váscse todos ménos Hamlet.)

¡Oh cuál me acusan los sucesos todos,

Y aguijan mi venganza perezosa!

¡Qué fuera el hombre si su bien más alto

El logro de su vida consistiese

Sólo en dormir y sustentar su cuerpo?

Un bruto, nada más. El que nos hizo,

Dotados de talento tan preclaro,

Que vemos lo pasado y lo futuro,

Por cierto no nos dió razon divina,

Tal aptitud á fin de que en nosotros

Se tomasen de orin por falta de uso.

Sea bestial olvido ó torpe duda

Que tímida cavila con exceso

En el evento (proceder que siempre,

En partes dividida, tendrá una

De discrecion por tres de cobardía)

Por qué existe no sé, gritando siempre:

«Esto he de hacer.» teniendo como tengo

Razon de sobra, voluntad resuelta,

Arrojo, fuerza y medios para hacerlo.

Ejemplos claros como el sol me excitan;

Y prueba de ello es esta noble hueste.

Tan fuerte y numerosa, conducida

Por un príncipe tierno y delicado,

Cuya alma, henchida de ambicion excelsa,

Afrenta audaz el éxito dudoso,

Y expone su mortal y frágil vida

Del hado y de la muerte á los amaños,

Y á mil peligros por tan fútil causa.

El ser de veras grande no consiste

Sólo en obrar con fundamento grande,

Sino en luchar con alma grande y noble

Por una paja, si al honor importa.

¡Y qué hago yo que no me muevo, estando

Muerto mi padre, sin honor mi madre,

Estimulos capaces ciertamente

De excitar mi razon y mi ardimiento;

Miéntas para vergüenza propia veo

Cerca la muerte de diez mil soldados,

Que por un sueño, un chasco de la fama,

Como á sus lechos, al sepulcro corren,

Y luchan por un trozo de terreno,

Do apenas caben los que en lucha embisten,

Y que es recinto y sepultura estrecha

Para cadáver tanto?—¡Oh pensamiento,

De hoy más no valgas nada, ó sé sangriento!

(Vásc.)

ESCENA V.

Helsingor. Una sala del castillo.

Salen la REINA, HORACIO, y un CABALLERO.

REINA. No quiero hablarla, no.

CAB. Insta por veros.

Demente está: da compasion su estado.

REINA. ¿Qué quiere, pues?

CAB. Habla en su padre mucho;

Dice que oye decir que el mundo es malo;

Solloza, y se lastima el blando pecho;

La cosa más trivial la causa enojo;

Habla sin tino, sin sentido apenas;

Hueca es su charla, mas su extravagancia
 Despierta en quien la escucha mil sospechas,
 Y cavilando amoldan sus razones
 Segun les dicta el propio pensamiento:
 Los guiños, cabecños, gestos raros
 Con que ella emite sus palabras, dieran
 Lugar á creer que algun sentido esconden,
 Mas nada sano y mucho lamentable.

HOR. Prudente fuera hablarla; pues podria
 Ir esparciendo en ánimos dispuestos
 A interpretar todo mal, sospechas,
 Fatales conjeturas.

REINA. Que la admitan.
 (Váse Horacio.)

A mi alma enferma (y siempre á la culpada)
 Es nuncio de terror cualquier nonada.
 De modo tal la culpa el riesgo abulta,
 Que más resalta cuando más se oculta.

Vuelve á salir HORACIO con OFELIA.

OFEL. La hermosa Majestad de Dinamarca

¿En dónde, en dónde está?

REINA. ¿Qué tal, Ofelia?

OFEL. (Canta.)

¿Cómo quieres que distinga
 De otro cualquiera á tu amor?
 —Por su concha y su esclavina,
 Su sandalia y su bordon.

REINA. Oh dulce niña, ¿á qué viene esa trova?

OFEL. ¿Decis?—Os ruego, oid.

(Canta.) *De otra morada es ya huésped;*
¡Ay niña, no vive ya!
Cubre su sien verde césped;
A sus piés dura losa está.

REINA. Sí, pero Ofelia...
 OFEL. Dadme oído, os ruego.

(Canta.) *Envuelto en lienzo nevado...*

Sale el Rey.

REINA. ¡Ay, desdichada! Mira, esposo mio.

OF. (Canta.) *Que adorna más de una flor,
 Bajó á la tumba regado
 De ardiente llanto de amor.*

REY. Óyeme: ¿Cómo estás, graciosa niña?

OFEL. En fin, Dios os lo pague. Dicen que la le-
 chuza fué hija de un tahonero. ¡Jesús! sabemos
 lo que somos, pero no lo que podemos ser.
 ¡Dios bendiga vuestra mesa!

REY. Alusion á su padre.

OFEL. Por favor, no hablemos más en esto; pero
 si os preguntan lo que significa, decid:

(Canta.) *De San Valentino (1)*

*La fiesta es mañana.
 Yo niña amorosa,
 Al toque del alba,
 A ser tu pareja
 Me iré á tu ventana.
 Despierta el mancebo,
 Se viste de gala;*

(1) En estos versos se alude á una costumbre popular muy comun en Inglaterra. Las muchachas solteras tenían gran cuidado de ponerse á la ventana ó salir á la calle en el primer día de Mayo, al rayar el alba, y el jóven que las veía, aquel creían que fuere el que la fortuna les destinaba para marido ó galán. Esta costumbre es muy semejante á otra práctica vulgar que solían observar las mozas casaderas antiguamente en España el día de San Juan, y á la cual hacen alusion, Cervantes en la comedia intitulada *Pedro de Urdemalas*, y Lope de Vega en la suya, intitulada *La Estrella de Sevilla*.

*Y abriendo el postigo
Llamó á la muchacha,
Que entrando doncella
Salió desflorada.*

REY. ¡Hermosa Ofelia!

OFEL. En verdad, y sin jurarlo, la voy á concluir.

(Canta.)

*Por Dios y la Virgen
Que es treta villana
Jugarle á una niña
Tan mala pasada.
¡Mas quién menos precia
Ventura tan alta?
¡Mal haya la boba
Que os mira y os ama!
Pues falsos sois todos,
Le dice indignada.
Antes que en tus brazos
Me mirase incauta,
De hacerme tu esposa
Me diste palabra.
— Por el sol te juro
Que no lo olvidara,
Si tú no te hubieras
Venido á mi cama (1).*

REY. ¡Cuánto há que se halla así!

OFEL. Espero que todo irá bien. Debemos tener paciencia; pero no puedo ménos de llorar considerando que le han sepultado en la tierra fria. Es menester que mi hermano lo sepa; y con eso os doy las gracias por vuestros buenos consejos. ¡Vamos! ¡mi carroza! Buenas noches, señoras; buenas noches, bellas señoras; buenas noches, buenas noches. (Váse.)

(1) Salvo algunas variaciones, esta version es idéntica á la que insertó Moratin en su traducción del HAMLET.

REY. Seguid sus pasos; vigiladla, os ruego.
(Váse Horacio.)

Esto es veneno del pesar más hondo,
Y nace de la muerte de su padre.
¡Gertrúdis, ay! cuando los males llegan,
No vienen como espías, uno á uno,
Sino en legiones. ¡Ay! su padre muerto;
Ausente tu hijo, habiendo sido él mismo
Violento autor de su destierro justo;
Reuelto el pueblo y en tumulto ardiendo,
Sobre la muerte de aquel buen Polonio;
Y mal aconsejados anduvimos
En enterrarle tan ocultamente.
¡Y Ofelia, enajenada de sí misma
Y de su sano juicio, la cuitada!
Sin él ¿qué somos? Vanos simulacros,
Brutos no más. Por último, y aquesto
No es ménos esencial que lo restante,
Su hermano ha regresado ocultamente
De Francia, y con su asombro se alimenta,
Entre nubes se esconde, y no le faltan
Maldicientes que infectan sus oídos
Con funestos relatos de la muerte
De su buen padre, en que, falta de nuevas
Seguras, la perplejidad sin duda
La lengua no se anudará, zahiriendo
De boca en boca nuestra real persona.
¡Ay! mi Gertrúdis, este triste lance,
Cual metralla mortífera, supérflua
Muerte me inflige en muchas partes.

REINA.

¿Qué estruendo es este?

¡Calla!

REY.

¿En dónde están mis suizos?
Que vigilen la puerta.

Sale un CABALLERO.

¿Qué sucede?

CAB. ¡Oh, sálvate, señor! El Océano
Sus diques reventando, no se traga
Con impetu mayor á los bajos,
Que el con que rinde el juvenil Laërtes,
A la cabeza de tropel rebelde,
A tus soldados. De señor el vulgo
Nombre le da; y como si empezase
Ahora el mundo, y fuera ya olvidada
La antigüedad, difunta la costumbre,
De todo dicho apoyo, afirmamiento,
Grita: «Escojamos; sea rey Laërtes.»
Con ronco aplauso, lenguas, manos, gorras,
Llevan la voz comun hasta las nubes:
«¡Laërtes será rey! ¡viva Laërtes!»

REINA. ¡Oh, con qué gusto el rastro mal seguro
Siguen aullando! ¡Errais la pista, falsos
Daneses perros!

REY. Roto han ya la puerta.

Sale LAERTES armado; le sigue el PUEBLO.

LAER. ¡El rey do está?—Quedaos afuera, hidalgos.
PUEBLO. No tal; entremos.

LAER. Dad permiso, os ruego.

PUEBLO. Bien, nos iremos. (Se retiran todos.)

LAER. ¡Gracias!—Que vigilen
La puerta bien.—¡Oh, tú, vil rey! ¡oh, dame,
Dame á mi padre!

REINA. Calma, buen Laërtes.

LAER. Si hubiera en estas venas una gota
De sangre en calma vil, me proclamara
Bastardo, y á mi padre infamaria
De vil cornudo; aquí en la frente pura
Y casta de mi madre fiel grabara
Vil prostituta.

REY. Di, ¿por qué motivo.

Laërtes, se presenta tan hercúlea
Tu rebelion? Vé, déjale, Gertrúdis.
En cuanto á mi persona nada temas:
Pues tal divinidad cerca á los reyes,
Que la traicion, al entrever tan sólo
El fin que se propone, de él desiste.
¿Por qué tan enojado? di, Laërtes.
Déjale tú, Gertrúdis. Habla, jóven.

LAER. ¿En dónde está mi padre, en dónde?
Ha muerto.

REY.

REINA. Mas no por él.

REY.

Pregunte cuanto quiera.

LAER. ¿Y cómo ha muerto? A mí no se me en-
[gaña.

¡Al Orco la lealtad! ¡al más sombrío
De los demonios, sacros juramentos!
¡Piedad, conciencia, al antro más profundo!
¡La perdicion eterna desafío!
¡Llegó ya á tanto, que desprecio osado
Entrambos mundos, venga lo que venga!
Sólo á vengarme aspiro de la muerte
Dada á mi padre.

REY. ¿Y quién podrá estorbarte?

LAER. Mi voluntad, no el mundo entero, nunca.
Y administrar sabré tan bien mis medios,
Que haré con poco mucho.

REY. Buen Laërtes,

Si la verdad averiguar deseas
Del trance de tu padre, ¿se halla escrita
Acaso en tu venganza, que tan ciego
Hayas de atropellar en tu victoria
A amigos y enemigos, al que gana
Y al perdidoso?

LAER. Sólo á mis contrarios.

REY. Querrás entónces conocerlos, pienso.

LAER. A sus amigos fieles, de esta suerte
Los brazos abriré, sí, y con mi sangre,

Como el ave pelicano benigno,
 Pródigo de su vida, nutrirélos.
 REY. Hablaste cual buen hijo y caballero.
 Que culpa alguna tuve yo en la muerte
 De tu buen padre, y que más que otro alguno
 Su pérdida lamento, aclararás
 A tu razon, como á tu vista el dia.
 PUEBLO. (Dentro.) Dejadla entrar.
 LAER. ¿Qué hay, pues? ¿qué ruido es este?

Vuelve á salir OFELIA.

¡Calor activo, oh, mi cerebro seca!
 ¡Llanto salobre y cáustico en extremo
 Quema y destruye de mis vivos ojos
 Fuerza y virtud! ¡Por ese cielo juro
 Que han de pagarnos tu demencia en modo,
 Que fuerza el fiel el peso del castigo,
 Y baje la balanza! ¡Oh flor de Mayo!
 ¡Oh amable niña! ¡Mi querida Ofelia!
 ¡Oh dulce hermana! ¡Cielos! ¿y es posible
 Que sea el juicio de una tierna niña
 Tan frágil cual la vida de un anciano?
 Es en amores fina la Natura;
 Y donde fina adora, alguna prenda
 Preciosa de si misma tierna envia
 Tras el objeto amado.

OFEL. (Canta.)

*Llevaronle sobre el féretro,
 La blanca faz desnuda.
 ¡Ay lástima, lástima grande!
 Llovieron á mares lágrimas
 Sobre su sepultura.*

¡Adios, tórtolo mio!
 LAER. ¡Tuvieras tú razon y me incitaras
 A la venganza, ménos me movieras!

OFEL. (Canta.) *Debeis cantar: abajo, abajo, abajo;
 Y llamaréisle abajo.*

¡Oh, y qué bien la acompañan los golpes de la
 rueda! Es el pícaro del mayordomo que robó á
 la hija de su amo.

LAER. Dice ésta nada más que mil relatos.

OFEL. Tomad; allá va romero, que es para la me-
 moria: te ruego, amor mio, que te acuerdes. Y
 allá van pensamientos, que son para la fide-
 lidad.

LAER. Una sentencia en medio de la locura: pen-
 samientos y memoria acordes.

OFEL. Aquí hay hinojo para vos, y palomillas y
 ruda... y aquí hay esto poquito para mi. Pode-
 mos llamarla yerba santa del domingo (1). Oh,
 vos podeis llevar vuestra ruda con la distincion
 que os parezca. Vaya una margarita. Bien qui-
 siera daros unas violetas, pero se marchitaron
 todas cuando se murió mi padre. Dicen que
 tuvo buen fin...

(Canta.)

*Un solitario
 De plumas vario
 Me da placer (2).*

LAER. Ira, aficcion, tristeza, el mismo infierno.
 Todo lo trueca en gracia y donosura.

OFEL. (Canta.) *¿Y no volverá jamás?
 ¿Y no volverá jamás?*

(1) La ruda se llamaba en Inglaterra yerba santa del domingo, por-
 que los curas católicos usaban de ella, mezclándola con la bebida que
 daban á los energúmenos cuando los exorcizaban, y esto se practicaba
 en los domingos.—WARBURTON.

(2) El pájaro solitario, segun la opinion vulgar de Inglaterra, recor-
 daba la memoria de los difuntos á quienes se habia tenido en vida mayor
 cariño; y cuando una de estas aves entraba en alguna casa, creian que
 anunciase la muerte proxima de alguno de aquella familia.—LITOURNEUR.

¡Ay! nó: murió; ¡hera suerte!
Huye á tu lecho de muerte.
Pues no volverá jamás.

*Blanca nieve era su sien,
Blanca su barba también.
Se fué, se fué el buen anciano,
Y vieries el llanto en vano.
¡Los cielos su paz le den!*

Y á todas las almas cristianas, quiera Dios, quedad con él. (Vase.)

LAER. ¡Ves esto, oh Dios?

REY. Es menester, Laërtes,

Que reflexione con tu amarga pena;
Me privas, de otra suerte, de un derecho,
Por breve rato aléjate, y elige
A los más fieles de entre tus amigos:
Oigan y juzguen ellos entre ambos.
Y si por mano propia ó por ajena
Halláranme culpado, reino y cetro,
Mi vida misma y cuanto mio propio
Puedo llamar, daréte en desagravio.
Si nó, contento préstame paciencia;
Y trataré, con tu alma juntamente,
De darle alivio.

LAER. En ello vengo; sea.

Su extraño fin, su funeral oscuro
(Ni espada, ni blasones, ni trofeo
Cubrieron su cadáver, ni alto rito
Hubo, ni ostentacion formal, ni pompa)
Claman bien claro, como voz del cielo
Al bajo mundo, que el misterio aclare.

REY. Lo harás; y donde quiera esté la culpa,
Caiga el cuchillo, y tronche. Ven, partamos.

(Váanse.)

ESCENA VI.

Otra sala del castillo.

Salen HORACIO y un CRIADO.

HOR. ¡Qué gente es la que quiere hablar con-
[migo?

CRIA. Gente de mar, señor; dicen que tienen
Cartas que darte.

HOR. Diles que entren luego.
(Vase el criado.)

Yo no sé de qué parte de este globo
Pueda escribirme nádie, sino Hamlet.

Salen unos MARINEROS.

MAR. 1.º Dios te guarde, señor.

HOR. Y á tí también.

MAR. 1.º Así lo hará, si fuere tu gusto. Te traigo aquí una carta, señor; es del embajador que debió embarcarse para Inglaterra, y es para tí, si te llamas Horacio, como me han asegurado.

HOR. (Lee.) «Horacio, luego que hayas leído ésta, haz que estos hombres vean al rey. Llevan cartas para él. Apenas llevábamos dos dias de navegacion, cuando un pirata muy bien armado nos dió caza. Viendo que nuestro navio era poco velero, hicimos alarde de un valor obligado, y en la refriega los abordé. En aquel mismo instante se desaferraron de nuestra nave; de suerte que yo sólo quedé prisionero suyo. Se han portado conmigo como ladrones compasivos; pero ya sabian lo que se hacian; he de pagárselo con una buena obra. Haz que el rey reciba las cartas que he enviado, y tú

ven á verme con tanta premura como si hu-
yeras de la muerte. Tengo cosas que decirte al
oído que te dejarán atónito; y sin embargo, son
demasiado livianas para la importancia del
asunto. Estos bravos mozos te conducirán al
lugar donde me hallo. Rosenkranz y Guildens-
tern siguen su rumbo á Inglaterra. Mucho tengo
que contarte de ellos. Adios. Tuyo siempre,

«HAMLET.»

Venid, pues; yo os enseñaré la senda
Para entregar las cartas. Daos premura,
A fin de que podais llevarme luego
Adonde se halle aquél de quien proceden.

(Váase.)

ESCENA VII.

Otra sala del castillo.

Salen el REY y LAERTES.

REY. Ahora es menester que tu conciencia
Confirme mi descargo, y que me otorgues
Dentro del corazón lugar de amigo;
Pues ya has oído, y con oreja cauta,
Que el que mató á tu noble padre, contra
Mi vida conspiraba.

LAER. Así parece.
Pero dime: ¿por qué no procediste
Contra esas fechorías tan culpables,
Y de índole tan grave, cual tu propia
Seguridad, prudencia y sano juicio,
Junto con lo demás, te aconsejaban?

REY. Créeme; por dos razones especiales,
Que acaso juzgarás de poca fuerza,
Mas que la tienen para mí no poca.
Su madre y reina se sustenta casi
Con sus miradas. Por mi parte (sea

Virtud tal vez, ó bien desdicha mía)
Con ella vivo tan unido en alma
Y cuerpo, que cual astro que no gira
Sino en su propia esfera, así, sin ella,
Inerte me quedara. La otra causa
Que me impide hacer público este lance
Es el aprecio grande en que le tiene
El pueblo, el cual, bañando en su cariño
Sus faltas todas, convirtiera pronto
En gracias sus errores, como fuente
Que trueca el verde tronco en dura peña,
De suerte que mis flechas mal construidas
Para tan fuerte ráfaga, se hubieran
Vuelto otra vez al arco de rechazo,
Sin acertar el blanco á que apuntaba.
LAER. Y en tanto yo he perdido á un padre noble,
Y en deplorable estado hallo una hermana,
Cuyo valer (si es que el elogio alcanza
A lo que ya no existe) en la alta cumbre
De nuestra edad osó retar triunfante
A lucha universal lo más perfecto.
Mas llegará de mi venganza el día.
REY. No turbeese cuidado tu reposo;
Ni puedes presumir que soy de pasta
Tan insensible y torpe, que permita
Que pese así mis barbas el peligro,
Y lo tome á solaz. Cosas mayores
Sabrás en breve. Amé á tu padre, y, créeme,
Yo no me quiero mal, lo cual espero.
Te hará prever...

Sale un MENSAJERO.

¿Qué nuevas hay? ¿qué ocurre?
MENS. Cartas, señor, de Hamlet. Esta es para
Tu Majestad; para la reina esta otra.
REY. ¿De Hamlet? ¿Quién las trajo?
MENS. Un marinero,

Dicen, señor. Yo no le he visto. Claudio,
El cual las recibió del que las trajo,
Es quien me las ha dado.

REY. Oirás, Laërtes,
Su contenido.—Déjanos. (Vase el mens.) Escucha.
(Lee.) «Alto y poderoso señor: Os hago saber que
he llegado desnudo á vuestro reino. Mañana os
pediré permiso para presentarme ante vuestros
reales ojos, y entónces, despues de haberos pe-
dido licencia, relataré la causa de mi repentina
y extraña vuelta.

«HAMLET.»

¿Esto qué significa? ¿Se habrán vuelto
Tambien los otros, ó hay algun engaño,
Y es todo falso?

LAER. ¿Conoceis la letra?
REY. De Hamlet es. «¡Desnudo!» Y en postdata
Dice aquí: «Solo.» Di ¿qué me aconsejas?

LAER. En duda estoy, señor. Pero... que llegue.
Siento aplacarse el mal que arde en mi pecho,
Sólo al pensar que viviré gozoso
Para decirle en cara: «Así lo hiciste.»

REY. Si fuera así... ¿Cómo es posible, cómo?
¿Y qué otra cosa puede ser? Laërtes,
¿Te dejarás guiar por mí?

LAER. Sí, Alteza:
Como á la paz no trates de inclinarme.

REY. Sólo á tu propia paz. Si vuelve ahora,
Por el viaje irritado, y se resiste
A reemprenderlo, yo sabré animarle
A cierta empresa que en mi mente bulle,
Y en que perecerá sin duda alguna.
Y con motivo de su muerte, créeme,
No soplará ni la más leve áura
De acusacion, ni advertirá la treta
Su misma madre, y llamarálo acaso.

LAER. Señor, en todo seguiré tu juicio;
Y más, Alteza, si te fuera dable

Hacerme el instrumento.
REY. Tal procuro.
Desde tu ausencia mucho se ha contado
De ti delante de él, por cierta dote,
En que, segun es fama sobresaes.
No le causó el conjunto de tus prendas
Envidia tanta como aquella sola,
En mi opinion, la de menor valia.

LAER. ¿Y qué virtud ó prenda es esa, Alteza?
REY. No es más que un mero lazo en el sombrero

De la alma juventud; mas necesario.
Pues á la juventud tan bien le sienta
El traje airoso que al descuido viste,
Como á la edad madura los ropajes
De piel forrados y de austero corte,
Que por abrigo y gravedad se ciñe.
Dos meses há que estubo un caballero
De Normandia aqui. Yo mismo he visto,
Y he militado contra los franceses:
Buenos ginetes son; pero este mozo
Era un prodigio en esto; parecia
Haber brotado de la misma silla;
Y á hacer portentos tales obligaba
A su caballo, como si estuviese
Incorporado en él, y le animase
El mismo instinto que al valiente bruto.
Y tanto se excedió, tanto á mi idea,
Que yo, inventando brincos, saltos y aires,
Me quedo aún muy atrás de lo que él hizo.

LAER. ¿Dices que era normando?
REY. Sí, normando.

LAER. Lamond, por vida mia.
REY. El mismo.

LAER. Cierto;
Bien le conozco; á fe que es el orgullo,
La joya más preciosa de su patria.
REY. El nos habló de tí con mucho extremo,
De tu destreza haciendo mil elogios,

En el noble ejercicio de la esgrima;
Sobre todo en el uso de la espada.
Admirable espectáculo sería,
Dijo, el verte lidiar, si se encontrase
Rival que te igualara; pues los diestros
De su nacion, juraba, carecian
De agilidad, defensa y ojo cuando
Con ellos batallabas. Este informe
Llenó de envidia tal el pecho de Hamlet,
Que ya no hacia más que ansiar vehementemente,
Pidiendo con afan tu pronta vuelta
Para lidiar con él. Pues bien, con esto...

LAER. ¿Señor, qué esperas de esto?
REV. Di, Laertes:

¿Amabas á tu padre, ó eres como
Retrato del dolor, rostro sin alma?

LAER. ¿Por qué preguntas eso?
REV. No es que pienso

Que no le amabas, sino que me consta
Que todo amor está sujeto al tiempo,
Y que él es quien su ardor y chispa templa.
De amor en medio de la llama existe
Cierta pábilo ó mecha que lo apaga.
Nada hay que se mantenga siempre fijo
En igual grado de bondad, pues ésta,
Degenerando en plétora, fenece
De exceso propio. Cuanto el alma anhele
Hacer, debiera hacerse en el instante
En que el anhelo nace, que ese anhelo
Cambios, rebajas, detenciones sufre
Cuantas hay lenguas, manos y accidentes;
Y viene á ser cual pródigo suspiro
Que ofende al dar alivio. Pero basta:
Toquemos en lo vivo de la herida.
Hamlet torna. ¿Qué accion acometieras
Para mostrarte, más que con palabras,
Con obras digno hijo de tu padre?

LAER. Le degollara aún en el mismo templo.

REV. Asilo en parte alguna el homicida
Debiera hallar, ni margen la venganza.
Mas, buen Laertes, si eso hacer deseas,
Tente en tu cuarto oculto. Cuando llegue,
Hamlet sabrá que estás ya de retorno.
Haré que algunos tu destreza alaben,
Y den un nuevo lustre á los elogios
Que hizo de tí el francés. Será muy fácil
Juntaros luego, y en favor de entrambos
Se harán apuestas. El, que es distraído,
Muy generoso, libre de recelo,
No observará curioso los floretes;
De suerte que con poca maña que uses,
Te será fácil elegir un hoja
De punta no embotada, y en un pase
Pagarle lo del padre.

LAER. Así he de hacerlo.
Con cuyo objeto me untaré la espada.
De un charlatan compré yo cierto unguento
Tan mortal, que en mojado en él la hoja
De un cuchillo cualquiera, no bastara,
Por eficaz que fuese, emplasto alguno,
Ni aún compuesto de cuantos simples crecen
Bajo la luna con virtud salubre,
Para librar de muerte á sér alguno
Herido de un rasguño de ese acero.
En tal ponzoña bañaré la punta
De mi hoja, á fin de que le dé la muerte
Con rozarle no más.

REV. Reflexionemos
Sobre esto con más calma; discurramos
Los medios y ocasion más oportunos
Para alcanzar la meta. Si esto falla,
O se descubre acaso nuestro intento
A través de la hilaza mal urdida
De nuestra ejecucion defectuosa,
Valiera más no haberlo acometido.
Conviene, pues, que vaya este proyecto

Por otro sostenido que asegure
 El golpe, por si estalla éste en la prueba.
 ¡Despacio! A ver... Solemne apuesta haremos
 Sobre vuestra destreza... ya... lo tengo.
 Cuando en lo más revuelto de la justa
 Esteis acalorados y sedientos,
 (Para esto es fuerza que la lid arrecies)
 Y él pida de beber, tendré una copa
 Dispuesta á tal efecto, que si de ella
 Gustare sólo, en caso de evadirse
 De tu estocada ponzoñosa, triunfe,
 No obstante, nuestro plan.

Sale la REINA.

¿Qué hay, dulce reina?

REINA. Un mal pisando va la huella de otro,
 Tal es la rapidez con que se siguen.

Tu hermana acaba, Láertes, de ahogarse.

LAER. ¡Señora, qué decis? ¡Ahogarse? ¡Oh! ¿dónde?

REINA. Junto á un arroyo un sauce al sauce crece,

Cuyas canudas hojas se reflejan
 En las corrientes aguas cristalinas;
 Allí la sien ceñida de fantásticas
 Guirnaldas de ranúnculos y hortigas,
 De mayas y purpúreas abejas,
 A las que nombre ménos decoroso
 Da el rústico pastor, y que las castas
 Doncellas llaman dedos de difuntos;
 Allí, trepando por colgar sus flores
 De los pendientes ramos, se quebranta
 Un vástago envidioso, y juntamente
 Con sus trofeos rústicos, la pobre
 Al quejumbroso arroyo cae. Sus ropas
 La sostuvieron, huecas y extendidas,
 Sobre las raudas aguas cual sirena,
 Y en tanto iba cantando de tonadas
 Antiguas trozos mil, como ignorante

De su peligro, ó como sér criado,
 Nacido en aquel húmedo elemento.
 Poco duró, que al cabo sus vestidos,
 Pesados con el agua que absorbían,
 Interrumpiendo su cantar sabroso,
 A cenagosa muerte la arrastraron.

LAER. En suma, ¿que se ahogó? ¡Miseró!

REINA. Ahogóse.

LAER. ¡Agua de sobra tienes, pobre Ofelia!

Por eso el lloro atajo. Mas, no obstante,

Persiste la natura en su costumbre,

Por más que nos regañe la vergüenza.

Pero cuando éstas cesen, ¡ay! entonces

De femenil en mí no hallarán nada.

¡Adios, señor! Cual llamas mis razones

Arder verías, si este necio llanto

Su fuego no apagase. (Vase.)

REY. Ven, Gertrúdis.

¡Costóme tanto apaciguar su furia!

Ahora temo que esta triste nueva

Le irrite más. Sigámosle por tanto. (Vanse.)